

Quinto domingo de Cuaresma A2023

Amigos, en cada uno de nosotros hay un profundo deseo de vivir en abundancia. Cada uno de nosotros, de hecho, hace todo lo que está a su alcance para valorar, cuidar y proteger su vida, en la medida de lo posible. Sin embargo, cada uno de nosotros se da cuenta también de que, por más bella que sea, la vida es frágil y precaria. Está atravesada por dificultades, sufrimiento, enfermedad y, finalmente, la muerte.

Aunque la medicina ha avanzado mucho hoy y las condiciones de vida han mejorado mucho a lo largo de los años hasta el punto de afectar la duración de nuestra vida, sin embargo, no podemos escapar de la realidad de la muerte. Tarde o temprano, moriremos.

La pérdida de nuestros seres queridos que quisiéramos ver vivir, pero que no pudimos mantener con nosotros, nos instruye lo suficiente sobre el misterio en que se envuelve la vida. ¿Por qué nacemos? ¿Por qué hacemos todas estas diferentes y hermosas actividades en las que estamos involucrados y, luego, las dejamos sin memoria ni recuerdo? ¿No es esto de nuevo un misterio?

Cuando nos enfrentamos a un misterio, significa que algo está fuera de nuestro control porque no todo depende de nosotros. La "Imitación de Cristo" dice: "Nuestra vida no siempre es nuestra para controlarla; a Dios le corresponde disponerla como quiere: dar consuelo cuando quiere, tanto como quiere ya quien quiere, y nada más".

La llave de comprensión del misterio de la vida está sólo en las manos de Dios. Sólo Él entiende lo que nosotros no podemos y sabe lo que nosotros no podemos. Nosotros, como seres humanos, conocemos nuestro pasado, porque ya está detrás de nosotros; entendemos, en cierta medida, nuestro presente, porque aún está en proceso; pero no conocemos el futuro, porque el mañana nos es desconocido.

Como Lázaro que disfrutaba del amor de sus hermanas, como sus hermanas que estaban felices de tenerlo, pero no pudieron evitar que muriera, un día nos enfrentaremos a la realidad de la muerte. La perspectiva de tal realidad nos lleva a reconocer que somos peregrinos y forasteros en la tierra. Cualquiera que sea nuestra vida en la tierra, más ricos o más pobres, ¡algún día dejaremos todo atrás!

Amigos, Jesús no ha venido para impedir que nos sobrevenga la muerte natural, sino para prepararnos la vida eterna. No ha venido a hacer eterna esta vida terrena, sino a darnos la esperanza de otro mundo y la seguridad de una vida que nunca tendrá fin. Estamos en peregrinación en la tierra; nuestro verdadero hogar está arriba. Jesús nos ha precedido en la casa de su Padre y Padre nuestro para prepararnos un lugar. Luego, volverá para llevarnos con él, para que donde está, nosotros también estaremos.

Como cualquier otro pueblo, experimentaremos la muerte física. Sin embargo, a causa de nuestra fe en Jesús, nuestra muerte será cambiada en resurrección. El poder interno de Dios recibido en el bautismo vivirá y nos llevará a vivir eternamente en su presencia. Entonces, lo que hemos logrado interiormente con Cristo cambiará nuestra realidad exterior. Como dice San Pablo: "Si el Espíritu del Padre, que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en ustedes, entonces el Padre, que resucitó a Jesús de entre los muertos, también les dará vida a sus cuerpos mortales, por obra de su Espíritu, que habita en ustedes".

Así, como discípulos de Jesús, no estamos en camino hacia el ocaso, sino hacia el amanecer de nuestra vida. Cuando todo lo que hemos construido en la tierra se detenga,

sabemos con la seguridad de la fe que nuestra verdadera vida comenzará cuando Jesús transforme nuestros cuerpos mortales en cuerpos gloriosos.

Al dejar morir a Lázaro, Jesús nos dice que no ha venido a prevenir la muerte física. Él no ha venido a romper el curso natural de los acontecimientos, incluido el curso de la vida humana. No ha venido a hacer eterna la vida terrenal, sino a dar otra vida que no tendrá fin. Entonces, la misión de Jesús no es que vivamos eternamente en la tierra, sino que de la forma en que vivimos en la tierra, lleguemos a vivir un día con él eternamente en el cielo. Entonces, tiene sentido que pueda decir: “Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá, y todo aquel que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre”.

La muerte y la resurrección de Lázaro tienen carácter de ejemplo. Lo que le pasó a él es lo que nos pasará a nosotros los que creemos en Jesús. Es cierto que moriremos en nuestros cuerpos, pero para resucitar a una nueva vida. Jesús no nos abandonará en nuestras tumbas. Él nos resucitará para que participemos de su resurrección.

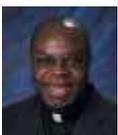
Todos nosotros somos Lázaro, y Jesús quiere que vivamos. Jesús quiere hacernos libres para vivir la vida nueva que ya nos ha dado en el bautismo, para vivirla con alegría y entusiasmo, sabiendo que hemos sido llamados por Dios a algo más grande de lo que podemos imaginar. Entonces, resonará con fuerza la promesa hecha al profeta Ezequiel: “(...) Abriré sus sepulcros, los haré salir de ellos. (...) Les infundiré a ustedes mi espíritu y vivirán. (...) Lo dije y lo cumplí (...).

Al resucitar a Lázaro de entre los muertos, Jesús nos enseña que él es el dueño de la vida y de la muerte. Él es quien hace posible lo imposible. Él puede transformar nuestro destino, para hacerlo semejante al suyo y tan glorioso como el suyo. Jesús Invocará nuestros nombres, como lo hizo con Lázaro, y saldremos de nuestras tumbas. Entonces, salgamos de las tumbas de nuestras rebeliones y pecados. Quitemos la piedra de nuestros ojos que nos impide ver su luz. Quitemos el algodón de nuestros oídos que nos impide escuchar su palabra. Quitemos el tapón de nuestra boca que nos impide proclamar su alabanza.

En este tiempo de Cuaresma, cada uno de nosotros tiene que identificar la tumba en la que se encuentra en este momento. Jesús llora cuando nos encuentra atados en el sepulcro. Se entristece cuando nos encuentra atados por el hábito del pecado, las adicciones, las heridas del pasado, la falta de perdón, etc. Jesús quiere que seamos desatados y libres. Confiemos en él; él tiene una mejor solución a nuestro problema de lo que pensamos.

Caminemos libres este tiempo de Cuaresma hacia la Pascua, como un reo liberado de la cárcel. Reivindiquemos nuestra herencia católica y extendámonos para abrazar a todos para compartir con nosotros la vida de comunión con Dios. Vayamos libres, sin ataduras. ¡Que Dios los bendiga a todos!

Ezequiel 37: 12-14; Romanos 8: 8-11; Juan 11: 1-45



Fecha de la Homilía: el 26 de Marzo, 2023
© 2023 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20230326homilia.pdf